

# ARTE Y ARTISTAS

REVISTA ILUSTRADA

AÑO I

VALENCIA 2 DE JUNIO 1912

NÚM. 2



## El Entierro del Amor

No lo sabíais? Pues sí, el Amor ha muerto; y la pasión y muerte del pobrecillo Eros pueden referirse en pocas palabras.

Fué el Olimpo teatro del trágico suceso. Eros, cuyas flechas de oro se embotaban ya en los duros pechos de héroes y artistas, reyes y vasallos, diosas y mujeres mortales, echó en cara á los demás dioses sus colegas la universal corrupción, culpando singularmente á Mercurio de gran parte de ella, renegó de ser dios, á semejanza de los inmortales y olímpicos..., y se arrancó la venda en aquel instante de cruel desesperanza, ni más ni menos que hizo á fines de la décimo-octava centuria nuestra buena

amiga la Fe. Y al contemplar el Amor á la luz del sol todo lo que antes velaba el simbólico cendal, comenzó su agonía inacabable.

Deslumbrado primero, asombrado después, cuando sus ojos, vírgenes de impureza, fueron acostumbrándose á la luz de la cruda realidad, miró en torno suyo inquisitivo y audaz... ¡Qué desencanto!

Mercurio, la deidad protectora de comerciantes y ladrones, numen de la elocuencia y mensajero celestinesco de los dioses, estaba allí muy cerca de él, á su lado, tocándole casi. No «vestía» el clásico desnudo boloniano, ni siquiera parecía un dios. Era un «golfo» ele-

gantísimo, fino y distinguido, que se quitó los talares desde que gastaba automóvil. Pero su aspecto de persona adinerada no llegaba á disimular y encubrir sus trazas de pillete y sus aires gitanescos. Miraba al asombrado Amor con fingida *bonhomie*, esforzándose por ocultar todas las ruines pasiones en su pecho.

Huyeron los ojos del amor, del correveidile de los dioses y medianero de los mortales, y los fijó en Venus, en la propia madre del Amor... ¡Era otra «golfá» impúdica, que apestaba á perfume barato, llevaba las mejillas y los labios pintados con colorete que intentaba falsificar el cándido rubor, y miraba provocativa, como decía Alarcón que miran algunas hembras, diciendo con los ojos: «Esta casa se vende... ó se alquila.» El penetrante perfume que esparcían los vestidos y la persona de la diosa, no lograban enmascarar cierto olorillo á drogas... y el Amor huyó de ella.

Acercóse al padre Júpiter y ¡horror de los horrores! El amante de Leda y de Danae repasaba á la sazón los votos consignados en un acta de senador, rodeado por montones de libros de banca, cheques, cupones, fajos de billetes, letras y carnets de bolsa, que llenaban una lujosa mesa de ministro: de las llamadas de ministro, no confundamos al lector. ¡Aún era pronto! Rogó al Amor que esperase, pues en cuanto estuviera aprobada su acta iba á estampillar todo el papel del Estado que poseía, para bien del Olimpo... El Amor salió de allí como alma perseguida por Plutón y las Furias... Al salir, dió un empujón á Marte, que estaba entregando, con la mayor frescura, una plaza fuerte al enemigo, «en virtud de órdenes superiores», y otro empujón, inadvertidamente también, á Neptuno, que sudaba la gota gorda, á pesar de su ligerísima indumentaria para poner á flote una escuadra de acorazados...

En el pórtico—uno de esos pórticos monumentales que con ladrillo y cascote, sin trampa de mármol ni cartón, levanta la exuberante fantasía de D. Rubén—Juno, lanzado lejos el legendario velo del pudor y convertida por obra y gracia del descreído y deshonesto siglo, en una moza de rompe y rasga, nueve meses después de Carnaval, estaba metiendo á sus hijos por el torno de la Inclusa.

Apolo, no lejos del pórtico rubeniano y á la sombra de un tenderete, vendía libros y postales sicalípticos. A los dioses menores y héroes que se resistían á soltar la miserable peseta, decía Apolo que él era el propio autor y editor de aquellos engendros y que si no le ayudaban la casa, editorial se vendría abajo y el propio dios de la Poesía tendría que bajar al arroyo y vender periódicos para sostener con la última decencia posible su rango literario.

Apartóse del tenderete apolíneo con asco; y al tornar los ojos, ansiosos de un rayo de luz pura, vió á la casta Diana que acababa de dejar

de serlo en brazos del senador de marras, opulento estampillador de títulos y de honras; á las Musas representando *La corte de Faraón* á las Gracias ciñéndose los clásicos mantones de La Goya y de Tórtola Valencia; á Baco aguando el néctar de los dioses y echándole alcohol de patatas; á Flora vendiendo ajos; á Orfeo robando música ratonera á otros ratones de la lira, y aplicándola á todos los libros que le ponían delante; á Esculapio vendiendo elixires en una plazuela, vestido con negra levita y cubierta la clásica testa con un fez rojo; Saturno afanaba relojes; Hércules levantaba en vilo una esfera de hierro hueca, vestido de saltimbanqui; la pobre Minerva hacía traducciones «á cien pesetas» para ciertos flamantes editores...

No quiso ver más y huyó del Olimpo y sus aledaños;—no habrá olvidado el lector que estamos en el propio Olimpo...—Y al apartar los ojos de la corrompida mansión, se miró á sí propio, y una angustia mortal oprimió su pecho: Eros no era Eros; el Amor no era ya el Amor, ni siquiera una mala traducción de sí mismo; era apenas una caricatura suya...

Llevaba el corazón torcido al lado derecho, y pendía de dos cintas; y no era una víscera, era una escarcela repleta de francos y libras esterlinas. Sus alas, eran de ave de corral, y apenas podía remontar el vuelo más allá de las bardas del corral á donde llegan las apreciables y sabrosas gallináceas. Su carcaj era una cartera de valores con broche de plata, y sus flechas, cheques. No iba desnudo; vestía á lo *sportman* y tenía también auto, por no ser menos que Mercurio... No quiso saber más y se dejó morir definitivamente.

Esculapio, el del rojo fez, certificó que el Amor había muerto víctima del pícaro mal del siglo, de la tan acreditada neurastenia; ya sabemos que Esculapio mentía á sabiendas.

Y llevaron á enterrar al pobrecito Amor.

Al entierro acudió todo el mundo clásico: dioses mayores y menores, héroes, ninfas, simples mortales, mortales simples, poetas líricos y decadentes, bohemios del arte y de la política, genios inclasificables, de greña simbólica y sublimemente representativa, críticos y danzantes, periodistas é histriones, damas y mujeres del pueblo... ¡la humanidad entera!, pero nadie lloraba: el duelo era oficial, formal y solemne, pero nada más.

Hablaban todos, eso sí, con retórica admiración «del finado»; con amor nadie. ¿Cómo, si el Amor había muerto y ellos mismos lo llevaban á enterrar?

- ¡Fué una gran figura!
- ¡Y un gran carácter!
- ¡Insustituible!
- ¡Sí, pero algo travieso y loco!
- ¡Oh, fué un gran corazón!
- ¡Como que era todo amor...!
- ¡Y un gran artista!

—¡Original en todo!

—¡Ha muerto como debía morir!

—¡Ya lo creo!

—¡Qué gallardo «gesto» para una estatua!

¡Oh, «el Amor arrancándose la venda!»—exclamó, como dando un último y definitivo comentario, un artista de los de revuelta y airosa pelambre.

—¡El Amor arrancándose la venda! ¡He ahí un símbolo!—sentenció un filósofo.

—¡El Amor sin venda! ¡He ahí un imposible metafísico! ¡Por eso ha muerto, pese á la ciencia de Esculapio!—prorrumpió á coro toda la ilustre morralla que acompañó hasta la fosa al Amor, echándole tierra encima al muerto de prisa y corriendo, temerosos de que hiciera alguna de las suyas el travieso «finado», verbigracia, ponerse la venda otra vez y volver á la vida inmortal jorobando á la respetable Humanidad que, muerto el Amor, se refocilaba jubilosa con un dios menos en sus altares...

Al salir el último ilustre granuja del jubiloso acompañamiento, vió á una pareja de chiquillos pugnando por entrar en la sagrada necrópolis y llorando lágrimas copiosas y sinceras porque el feroz cancerbero, con gesto avinagrado y palabra ordenancista, les negaba la entrada.

—¿No podemos tra...erle estas flores al po...bre dí...funto?—sollozaba entre hipos y pucheros la niña.

—¿No po...demo llorar so..bre su losa de en...sueños?—gemía con entrecortadas frases el niño.

—¿Qué entendéis vosotros de sueños y de flores, de amores y de lágrimas, mocosos? A casita, á casita, que va á llover! ¡Vaya con los muñecos!

Eran dos niños y ambos tendrían alrededor de doce años; con seguridad absoluta debe afirmarse que no llegaban á «los doce años y un día», edad que el Código señala como umbral bajo el que pierde la inocencia, irremisiblemente, la mujer... No se conocían, pero un mismo y profundo sentimiento les juntó y guió tras la fúnebre comitiva que seguía al cadáver del Amor, cogidos por las manos y mirándose con arrobó á través de las lágrimas que vertían sus ojos puros, claros, serenos.

¡Eran los dos únicos seres que se habían salvado del naufragio moral en que zozobró la señora Humanidad y los únicos que podían llorar en aquel entierro!

Compadecido de ellos el último acompañante que salía de la necrópolis, intercedió para que les dejasen entrar:

—¡Quién sabe! ¿No podían ser dos hijos na-

turales del difunto y la fuerza de la sangre impelerles hacia su tumba para regarla con llanto filial?

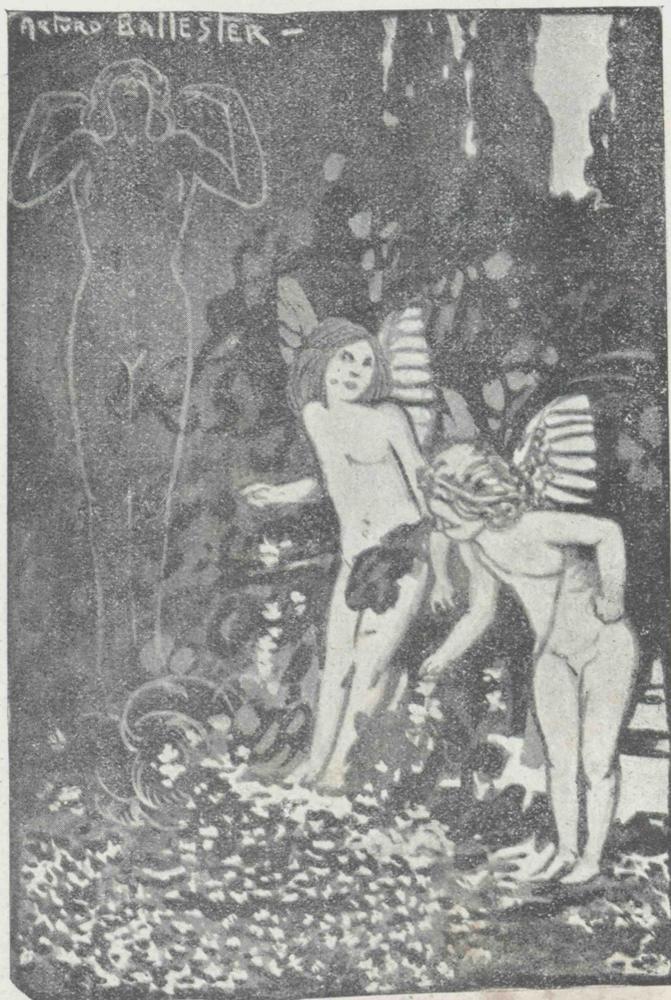
Y ya iban á entrar, cuando les detuvo, inquiriendo, curioso y entrometido, la causa de su pena y de su llanto.

Los dos arrapiezos volviéronse airados, porque lo raro é inusitado era que nadie llorase en aquel entierro más que ellos. Y exclamaron, á la vez, con enojo:

—¿Por qué lloramos. ¿No ve usted que se ha muerto ESE?

—¿Por qué lloramos? ¿No ve usted que se ha muerto el ALMA DEL MUNDO?

Y acercándose á la fosa donde yacía el eterno Padre, la alfombraron de flores y regaron con su llanto...



¡Y fueron aquellas lágrimas inocentes las únicas que se vertieron en EL ENTIERRO DEL AMOR!

BERNARDO MORALES SAN MARTÍN.

(Escrito expresamente para ARTE Y ARTISTAS.)